

LA VOZ DE LIÉBANA

DECENARIO REGIONAL DE INTERESES GENERALES

Inscrito como artículo de segunda clase en las Direcciones generales de Correos de México y Habana

Palabras...

Ni derechas ni izquierdas.

Perder el tiempo, desgastándole—que no gastándole—sin eficacia, es el signo de la política española, igual de la que pasa y vuelve a pasar por los ministerios, que de la que palpita y apasiona los ánimos en las campañas de opinión y de prensa. El grave desequilibrio de la guerra nos encontró desprevenidos; la anormalidad de cuatro años terribles nada nos enseñó para organizarnos y disciplinarnos bastándonos a nosotros mismos; ahora, los difíciles problemas de la paz tampoco ponen sensatez en el juicio de la inmensa mayoría de los españoles que suelen hacer o comentar política.

Nos ha faltado tiempo, terminada la guerra en que fuimos neutrales, para empezar de nuevo nuestra guerra civil espiritual, que por lo que remueve las conciencias dormidas y laxas y enciende piras de pasión en el yermo de las indiferencias, debiera ser bendita y deseable. Pero que se plantea, como siempre, sobre palabras, sobre motes vacíos, sobre generalidades y superficialidades peligrosas.

Según iban muriendo y deshaciéndose los viejos partidos políticos—que eran el estancamiento de las ideas, la petrificación de los ideales, cosa muy cómoda para la pereza mental y la falta de curiosidad tan españolas—fuimos dando calor a la idea de otras dos grandes agrupaciones o rebaños, más amplias y extensas, más vagas e inconcretas, más inútiles o dañinas, que las antiguas. No pudiendo ya ser, o siéndolo cada vez menos, liberales o conservadores, inventamos el comodín de las derechas y de las izquierdas, de los avanzados y de los retrógrados, de los malos y de los buenos.

Era, como se ve, lo mismo que antaño, pero intensificado el daño de lo viejo al distender el molde, al ensanchar los límites en que quisieramos encerrar todas las fuerzas sociales y todos los problemas de la nación.

Unos, para incitar a los tibios a esa pelea absurda entre dos mitades de España, nos asustaban con el peligro revolucionario y anarquizante. Otros, azuzaban a sus congéneres pintándoles la sordidez y todas las malas pasiones del egoísmo satisfecho, encarnadas en los privilegiados y beneficiados por el orden social. No faltaban a unos ni a otros sucesos más o menos resonantes—semanas trágicas, huelgas generales, represiones sangrientas, Juntas de defensa, proclamación de repúblicas

en casa del vecino—para impresionar a los respectivos correligionarios. Y en tanto, la realidad, que cada vez se obstina más en ser menos simplista, que cada vez es más compleja y más heterogénea, iba acumulando dificultades en el gobierno de los pueblos, amontonando problemas y cuestiones que nacían unos del abandono de otros. Y como se suplía el estudio con la pasión y la técnica con la retórica, el embrollo era más grande cada día.

Así estamos ahora. Los más austeros y capacitados estadistas tropezarían con obstáculos considerables para no fracasar en el gobierno. Los políticos nuestros, verbales, artistas del arte político a lo Maquiavelo, con picardía, pero sin cultura, salen de apuros con cuatro latiguillos oratorios o con media docena de fórmulas que por su vaguedad, dan rono y a nada comprometen. (Véase el manifiesto republicano). Cuando sería la hora de los especialistas, de *expropiar* en todas las clases sociales y profesiones a los hombres preparados y dedicados de por vida a una especie de trabajos y estudios, y, fuesen o no políticos, ignorados o famosos, llevarles a los Ministerios y a las Direcciones, e imponerles el servicio ministerial obligatorio, en vez de eso estamos viendo que desde el Gobierno hasta el último casino aldeano se habla de «movilizar a la opinión», y de catalogarla, en dos ejércitos, las derechas a un lado, las izquierdas a otro. Y se piden colaboraciones y apoyos a título de avanzados, y se reclaman decisiones de defensa y de ataque a título de mantenedores del orden y de las instituciones. Como en pleno siglo XIX, se perora y se escribe, se vocea en uno y otro bando, de la libertad y de la reacción, de la revolución y del orden, de absolutismo y democracia, de monarquía, de república...

¿Hasta cuándo?

Los atisbos y las videncias que, por excepción, suelen tener algunos hombres públicos, apreciando la gravedad de la hora tal cual es y señalando la orientación precisa, caen en esta atmósfera de pelea como piedra en un pozo. Cuando más, la misma opinión que confía y espera en esos hombres, tergiversa sus palabras o las entiende a contrapeo. He aquí dos pruebas:

Entre las muchas cosas razonables y exactas, con exactitud nada efectista, de que están llenos los discursos y las doctrinas del señor Cambó, son dignos de señalarse estos párrafos que pronunció hace unos días en el Parlamento:

«Siempre he sido enemigo, y mi política en Cataluña lo acredita, de dividir la política en derechas e iz-

quierdas. Por eso nunca me sumaré a un bloque de derechas para combatir a las izquierdas, ni a un bloque de izquierdas para combatir a las derechas.

Esta clasificación tiene la morbosidad de todas las cosas imprecisas. Solo se puede definir una actitud sobre problemas concretos. No se puede establecer que las derechas son orden y las izquierdas revolución. No se puede llevar a los hombres políticos de España a terrenos en que toda concordia es imposible.»

Me parece que está bien claro ¿no? Pues un periódico que apoya al señor Cambó en sus campañas y le colma de elogios, *El Sol*, al encontrarse con aquel discurso y aquella actitud, desconcertado, dice que en esas palabras está bien clara la aproximación del señor Cambó a las izquierdas. (¡!!)

Otro ejemplo. Quien haya leído—en su texto, no en las referencias—el discurso que Maura pronunció en el Congreso el 19 de noviembre, habrá visto cómo todo él es una fervorosa exhortación a la unidad, una condenación de las divisiones partidistas. Apreciando la dificultad de estos momentos, va enumerando todos los problemas que con urgencia angustiosa España tiene planteados: el del «regionalismo, nacionalismo, régimen local, autonomía municipal», que Maura llama «de ordenación administrativa»: el «de la economía nacional, de los transportes terrestres o marítimos, de la industria, de la agricultura, del crédito, de la misma Hacienda, de la organización y el sentido del presupuesto de ingresos, del régimen tributario». Y a cada paso va preguntando: «¿Creéis sinceramente, alguien cree que este asunto, conjunto de asuntos, más importante que una constitución política y que toca a la carne viva de la nación española, es cuestión de partido?...» «¿Qué tiene que hacer en esto el espíritu de partido? ¿Qué tienen que ver en eso derechas e izquierdas?»...

También está claro, ¿verdad? Pues un periódico, muy aficionado siempre a esos conglomerados artificiosos, llenos de vaguedad y vacías soluciones *practicables*, que se llaman izquierdas y derechas, *El Debate*, inserta el discurso de Maura como un alegato en pro de la unión de las derechas, como un banderín de enganche para esa unión; que el discreto diario no advierte que es una división o una resta de la otra unión que Maura predica en su discurso; y una división irrealizable. Porque esta manía de los bloques no es nueva. Largo tiempo se viene trabajando por forjarles y nun-

ca se ha logrado darles vida intensa y duradera.

Ello es muy lógico. ¿Qué es derecha? ¿Qué es izquierda? ¿Hasta dónde llegan las doctrinas de orden? ¿Dónde empiezan los principios disolventes? Es imposible la conformidad inicial. ¿Cómo, pues, no ha de serlo la conformidad en las soluciones concretas, secundarias, *únicas que nos hacen falta* para mil problemas y detalles que nada tienen que ver con una mano, ni con otra, que no son zurdos ni destrimanos, sino más bien ambidextras?

Digamos, en aparición a esa oratoria excitante de los mítines y de los artículos de fondo, digamos con Cambó que «no hay derecho a inventar problemas, pero que es insensato suspender el exámen de los que existen» y a una y otra cosa tienden, sin saberlo, los que en vez de agitar la opinión ilustrándola sobre los diversos aspectos y enjuiciamientos que tienen los problemas nacionales sobre ferrocarriles, sobre impuestos, sobre autonomía o centralismo, sobre aranceles, sobre organización militar, etc., etc., se llenan la boca y la cabeza con las invocaciones del orden social o de la revolución y no aciertase a realizar ni este ni aquel, pero que positivamente minan y socaban lo único indiscutible y glorioso que la política española ha consagrado desde la restauración a nuestros días: la transacción, el armisticio, la neutralidad entre dos radicalismos líricos inconciliables y fantaseadores: el de los negros y el de los rojos.

E. G. E.

Lo piden los labradores.

Por hallarnos de acuerdo con los comentarios que a nuestro estimado colega *El Cantábrico* ha inspirado el propósito del Gobierno de aumentar la contribución como único medio de atender a sufragar los crecientes gastos del presupuesto, copiamos el siguiente artículo que con este mismo título publicó días pasados el citado periódico, y a continuación la exposición que ha elevado a las Cortes la Asociación de Agricultores de España:

«Un poco difícil les va a ser a nuestros actuales gobernantes el llegar a la legalización de la situación económica del país. ¡Esoos presupuestos no parece que se aprobarán por ahora! Y con ellos se ve obligado el Gobierno a recurrir al viejo sistema de los aplazamientos, que implantó como medio de resolver las mayores dificultades el «inolvidable» Sagasta. Ya se ve a dónde van a parar aquellos magnos proyectos que tan-